

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.40-AGOSTO 2023

Aquí hay algo
VICTORIAS DE MARÍA

S.S. Benedicto XVI
TESTIGOS DE LA
INMACULADA

La Dulzura
TOTUS TUUS

“Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique y pida por ellas”.

(Nuestra Señora del Rosario de Fátima)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 40
Agosto 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sda. Escritura: La nueva Hija de Sion



07

ALMA MARIANA

Ése es tu sitio: el cielo



08

VICTORIAS DE MARÍA

Aquí hay algo



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

S.S. Benedicto XVI



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la vida de plena consagración a Dios (III)



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (VIII): La dulzura



16

REINADO DE CRISTO

“Este es mi Hijo muy amado, escuchadle”

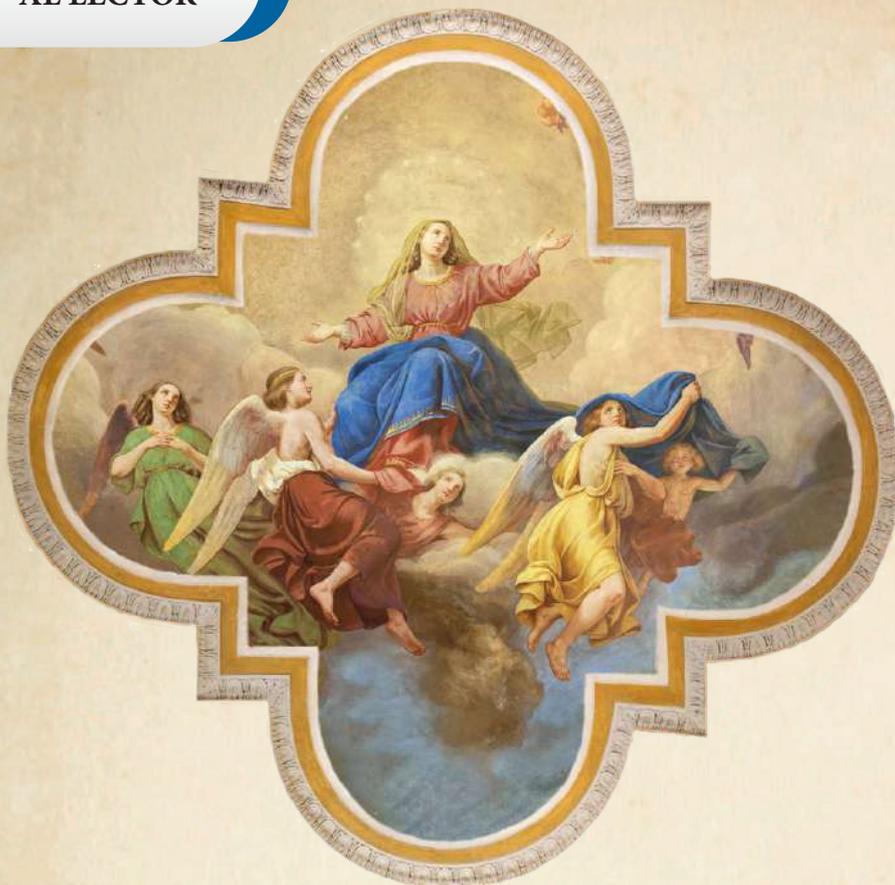


18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

En el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo





El triunfo de María

Este mes de agosto está cargado de reminiscencias marianas: Recordamos a San Maximiliano María Kolbe, la Asunción de la Virgen, a María, Reina de cielos y tierra... aptísimo todo él para remozar, renovar, vivificar nuestra entrega a la Señora.

Dios nos dio a María como Reina para que seamos copia lo más acaba posible de Ella, como dice San Maximiliano María Kolbe:

«Toda nuestra perfección depende de la unión muy estrecha de vuestra voluntad con la voluntad de la Inmaculada. Si estamos verdaderamente unidos a la Virgen María, a su voluntad, a sus deseos, a sus sentimientos, no dudemos de la perfección de nuestra alma. Cuanto más estemos con Ella, más seremos Ella y más estaremos con el mismo Dios. Entonces nuestra voluntad, nuestras acciones, nuestro comportamiento ya no serán nuestros sino de Ella y, por consiguiente, de Dios, ya que la

Inmaculada está muy estrechamente unida a Dios, y lo que es de Ella, por esa misma razón, es de Dios [...] Solo Ella debe instruir a cada uno de nosotros en cada instante, debe conducirnos, transformarnos en Ella misma, de manera que ya no vivamos nosotros, sino Ella en nosotros, como Jesús vive en Ella y el Padre en el Hijo».

Pero la consagración (= el reinado de María) lleva consigo renuncia y dedicación. Renuncia a uno mismo y dedicación a Dios. Renuncia a mi autonomía y suficiencia para dedicarme a vivir a merced de Dios, a servicio de Dios, a vivir el querer de Dios...

La Virgen nos persuade con su ejemplo, nos invita a dejar a un lado la irascibilidad, la comodidad, ese buen comer y estar, ese orgullo-sobrerbia, esa profanidad. Nos dice: —*¡No sigas así! Tú debes llevar en tu frente el nombre de Dios. Tú debes ser el siervo de Dios. En el cielo todos llevan en su frente este timbre de gloria: el nombre de Dios.*

Madre querida, que por tu Asunción te reuniste para siempre en perfecta felicidad con tu Hijo queridísimo... Cristo quiso poseerte entera, tu cuerpo y tu alma, en su hogar del cielo, para perpetuar la unión que había existido sobre la tierra entre tu Corazón y el suyo.

Tu Asunción es el triunfo de tu intimidad con el Señor, el coronamiento magnífico de tu consagración total. Habiéndote pertenecido Él aquí abajo sin reservas, Tú eres suya del todo allá arriba, y esta pertenencia definitiva te hace rebosar de gozo.

Madre mía, ayúdame a seguir tus pasos y a vivir en esta estrecha intimidad con el Señor, que constituye la única fuente de felicidad. Haz que pertenezca yo a Cristo con toda la fuerza de mi voluntad y toda la ternura de mi corazón. Forma en mí un santuario lleno de la presencia de Jesús, de manera que esta presencia domine todos mis pensamientos y todas mis acciones.

¡Que mi alma puede llegar a ser, a imagen de la tuya, una llama encendida de amor hacia Cristo, para que un día, imitando de muy lejos tu Asunción, pueda ser completamente arrebatada y consumida en este amor, y vivir por siempre el gozo del Amigo!

Virgen Santa María, ¡entrégame al Señor para que el Señor pueda entregármeme perfectamente en la bienaventuranza eterna! Amén.

LA VIRGEN EN LA SAGRADA ESCRITURA

La nueva Hija de Sion



«**i**Canta himnos, hija de Sion, alégrate, Israel, regocíjate y goza de todo corazón, hija de Jerusalén! El Señor, rey de Israel, está en medio de ti; no tienes que temer ya ningún mal. El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡poderoso salvador! Estará lleno de gozo por ti, con su amor te dará nueva vida, bailará y gritará de alegría por ti». (Sof 3,14-17)

Sion es el lugar que Yavé ha elegido para que habite su nombre (1Re 11,13; 2Re 21,4; 23,27). En ella se entrecruzan las dos coordenadas fundamentales del espacio: la vertical y la horizontal. La vertical, ante

todo, aquella que une el cielo y la tierra, Dios y el hombre. La Sabiduría divina declara: «En la ciudad amada establecí mi residencia y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio. En un pueblo glorioso eché raíces, en

la porción del Señor, en su heredad» (Si 24,11-12). «Entonces sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios, que habito en Sion, mi monte santo, y Jerusalén será un lugar santo» (Jl 4,17). Sion es, por tanto, una ciudad-Enmanuel, «Dios habita en medio de ella». (Ez 48,35), «Yavé está allí». Sion es un espacio místico en el cual se encuentran el cielo y la tierra y en el que se abre un canal de comunicación con la divinidad (Sal 29,1-2.9-11; Ap 3,12; 21,9—22,6). Sion es el



SION ES COMO UN SENO MATERNO: EN ELLA SE HA NACIDO, EN ELLA ESTÁN NUESTRAS FUENTES, EN ELLA HALLAMOS PAZ, SEGURIDAD, NUTRICIÓN, CALOR, TERNURA...

Sion es también el «centro del mundo» (cf Sal 46): Sion es casi la piedra angular cósmica que mantiene compactas las estructuras de la tierra. «Un río y sus canales alegran a la ciudad de Dios... Después el ángel me mostró un río de agua viva, transparente como un cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, a uno y otro lado del río, hay árboles de la vida» (Sal 46,5; Ap 22,1-2).

El simbolismo femenino se pone de manifiesto a través de todos los matices y las cualidades del ser mujer: esposa, madre, viuda, estéril, hija.

Sion es *esposa*, que a menudo se aplica también a Israel (Os 1-3; Is 5,1-7; Jer 2,2; 31,21-22; Ez 16), y que es exaltada por la Jerusalén celeste del Apocalipsis (cc. 21-22). El profeta Isaías nos ofrece un himno al inagotable amor del esposo Yavé hacia su dulce criatura, Sion: «Pues tu esposo será tu creador, cuyo nombre es Señor todopoderoso; tu redentor, el Santo de Israel, que se llama Dios de toda la tierra... Solo por un momento te había abandonado, pero con inmensa piedad te recojo de nuevo. En un raptó de mi cólera oculté de ti mi rostro un instante, mas con eterna bondad de ti me apiado —dice tu redentor, el Señor—» (Is 54,5.7-8).

Sion es *ciudad-madre*, «metrópolis» (Is 49,21; 51,18; 54,1). Sion es como un seno materno: en ella se ha nacido, en ella están

nuestras fuentes (Sal 87), en ella hallamos paz, seguridad, nutrición, calor, ternura; en ella se vive como en un paraíso terrestre en el que fluyen aguas que calman la sed. Como la madre custodia y contiene dentro de sí al hijo, de igual modo Sion contiene y protege a sus fieles, redimiéndolos de las insidias del mal (Is 44,26-28).

Sion es contemplada asimismo como *viuda y mujer estéril*. Como Sara y Ana, Sion se peca a veces de que su seno se ha tornado árido e inerte, más parecido a un sepulcro que a una tierra fértil. Pero la fuerza de la gracia divina consigue transformar esa señal de muerte en un principio de vida (Is 54,1). En otros momentos, en cambio, sobre todo en la fase histórica del exilio en Babilonia, Sion aparece como una viuda que llora desesperada entre las ruinas y la muerte de sus hijos. Pero Dios, el esposo que no muere, regresará junto a la mujer amada y entonces florecerán de nuevo la sonrisa y la alegría en sus labios: «no tendrás ya que avergonzarte; no te sonrojes, pues no serás ya confundida; olvidarás la afrenta de tu juventud y no te acordarás del oprobio de tu viudez» (Is 54,4).

Sion es también *hija*. La locución «hija de Sion» o «virgen hija de Sion» (Lam 2,13) implica a la amada por Yavé, que es su esposo, y padre, y madre (Os 11; Is 49,15). El vientre, el seno, de la hija de Sion es la sede de la

signo de la esperada «ciudad del Dios vivo» (Heb 12,22).

Sin embargo, en Jerusalén converge igualmente una trayectoria horizontal. Sion ejerce un fuerte poder de atracción para todos los pueblos de la tierra porque allí se ubica «la santa morada del Altísimo». «Entonces se llamará a Jerusalén “el trono del Señor”; a ella acudirán, en el nombre del Señor, todas las naciones» (Jer 3,17).

presencia espacial (1Re 8) e histórica (2Sam 7) de Dios en el templo y en la casa dinástica davídica: «Salta de júbilo, hija de Sion; alégrate, hija de Jerusalén, porque tu rey viene a ti...» (Zac 9,9-10); «y sabréis que en medio de Israel estoy yo» (Jl 2,23.27).

En la Virgen Santa María, nuestra Madre, las dos coordenadas «espaciales» se entrelazan admirablemente: Ella es la sede de la más alta presencia de Dios en el Hijo Jesús, pero es asimismo la criatura ideal, el modelo para todas las otras criaturas.

En Ella, el «centro» adquiere un significado particular a través de la encarnación.

María es *esposa de Dios* y del Espíritu. San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena en el siglo V, fue el primero entre los Padres de la Iglesia latina que llamó a María «esposa de Dios», mientras que el célebre Himno Akatistos, obra de arte de la Iglesia griega (ss. V-VI), invoca a María como esposa inviolada de Dios casi en cada estrofa, sobre todo en la fórmula «¡Alégrate, oh Virgen esposa!».

Todo el abanico de las relaciones interpersonales es aplicado a María, como en el Antiguo Testamento sucedía para Sion en relación con Yavé.

Naturalmente, María es también «*madre de Dios*».

Como esposa y madre, María deviene signo de la Iglesia que engendra a

Cristo en la Palabra y en la Eucaristía, y en el bautismo da vida a nuevos hijos de Dios. Al igual que la estéril Sion, cuyos hijos no son el fruto de generación carnal sino de la gracia, así también María es *madre «virgen»*, que engendra «no de sangre ni del querer de la carne». También María a los pies de la cruz alcanza la expoliación total, el dolor extremo y la «viudedad» cuando pierde a su Hijo.



Pero precisamente en ese mismo instante recibe como hijos a los hermanos de Cristo, los hijos adoptivos de Dios, ejemplificados en el discípulo que Jesús amaba, y continúa de ese modo en el tiempo su misión materna.

Por último, María es «la hija de Sion» por excelencia, en cuyas entrañas Dios está presente de modo supremo. En María, la palabra divina

se hace carne, humanidad e historia de forma plena y perfecta: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti... Por eso el niño que nazca será santo y se le llamará Hijo de Dios*» (Lc 1,35).

El nacimiento es señal de un inicio, es indicio de límite, de tiempo, de humanidad; la «santidad» y la filiación divina nos remiten al infinito y a Dios. María es, por lo tanto, la Sion ideal.

Santa María es la realización concreto-individual de lo que encerraba en el Antiguo Testamento la palabra: Hija de Sion y Madre-Sion.

Todas las promesas y la esperanza hechas por Dios al pueblo de Israel (= la Hija de Sion) y vividas por éste se reúnen, se condensan y se concentran en esa mujer concreta que se llama Santa María Virgen, la Madre de Jesús, el Verbo de Dios.

Hija de Sion y Madre-Sion es el pueblo de Israel, en cuanto símbolo de la Iglesia y de cada persona en particular, llamada por Dios para la unión sponsalicia con Él y para engendrar con Él.

Por eso el Concilio Vaticano II llama a Santa María: «la Hija de Sion por excelencia» (LG 55).

Y San Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Mater* (n. 3), habla de esa Hija de Sion escondida que Dios ha asociado íntimamente a la ejecución de su plan salvífico.



Ése es tu sitio: el cielo

«**P**ara regocijo de toda la Iglesia... proclamo dogma de fe que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial... Reina a la derecha de su Hijo, Rey inmortal de los siglos». (Pío XII)

Esta gran solemnidad de la Asunción nos recuerda una realidad que hemos escuchado no pocas veces, pero que en ocasiones olvidamos: que no somos de aquí, que somos del cielo. «Ése es tu sitio: el cielo», nos exhortaba convencido nuestro P. Molina. Meditemos con sus propias palabras el sentido de esta gran solemnidad:

«¡Qué gran fiesta la de la Asunción! Me recuerda que Dios te quiere asociar a ti también, te quiere meter en ese decreto. Dios ama tanto al hombre puro, –a María y a mí– que la declara inseparable de Cristo. Tanto que, si María dejara de existir, Cristo también dejaría de existir. Así de unidos están. Qué grande es Dios. Qué ganas tiene Dios de hacernos grandes, qué ganas...

Santa María es, en esta vida, anticipación y signo de nuestra vida eterna. Su Asunción nos dice que no somos de aquí, que lo terrestre es caduco.

El hombre está ya destinado por Dios a la participación plena en la vida de Dios, a que Dios le comunique su propia vida divina. Todo lo que sea menos que Dios ya no es lo propio del hombre.

Nuestro destino no es ya serpen-tear por la tierra, respirando tierra, comiendo tierra, sino volar al cielo para respirar cielo y comer cielo. Nuestro destino es salir de la estrechez y angostura de nuestra carne para abrírnos y entrar en la anchura feliz del espíritu. Para esto se necesita la disponibilidad.

María, antes de ir al cielo y ser Reina, fue la sierva en la Anunciación. Y cuando el ángel le avisó que sufriría, dijo: “He aquí la esclava... hágase”. Dios, para hacer la obra grande de la Encarnación, necesitaba el Fiat de María. Todo lo grande que tiene María es por haber dicho Sí.

La Anunciación me revela la maternidad en la humildad, la Visitación manifiesta la maternidad, y el Magnificat canta las grandezas de la Encarnación, la gran hazaña de Dios. La Asunción, en cambio, me da el fruto maduro del árbol de la Virgen. ¡Valora la disponibilidad, no temas el morir cuando el fruto es la Asunción! ¡Subirás al cielo! Solo cuando mueras en la humildad, llegarás al cielo. Ése es tu sitio: el cielo».



"Aquí hay algo" ...

DE INCRÉDULO A CREYENTE

El drama del pecado se presenta con una lucidez viva en el mensaje de Fátima. Allí es proféticamente denunciado, palpado en las visiones del infierno y de la ciudad en ruinas, y en las innumerables referencias a los pecadores sobre quienes recae la atención de la misericordia de Dios. La llamada a la conversión es nuclear en el mensaje de Fátima. No es de extrañar que muchas de las gracias que se derraman en ese Santuario bendito sean de orden espiritual.

Era obrero y natural de Oporto. No era malo de suyo, ni por su primera educación; pero la influencia de agentes comunistas le había transformado completamente. Abandonó los deberes religiosos, se encolerizaba si sus familiares los practicaban, destrozaba todo objeto de devoción que cayese en sus manos. Jamás entraba en una iglesia; frecuentaba las tabernas donde malgastaba el domingo por la tarde cuanto había ganado durante la semana.

Consecuencia fatal: en casa, ruina y miseria que la mujer no solo debía soportar, sino también pagar a caro precio cuando el marido volvía en ayunas del trabajo o borracho de la taberna.

Vivía cerca una familia respetable con la cual tenían relaciones

de buenos vecinos. Sucedió que enfermó gravemente una hija, de modo que los médicos la desahuciaron. En tal tribulación ella se encomendó a la Virgen de Fátima y se halló repentinamente curada.

Cuando el obrero la encontró por la calle, no pudo reprimir su admiración:

—¿Todavía con vida?

—¿Usted me creía ya en el otro mundo?

—Me habían dicho que los médicos la habían desahuciado, que era cosas de horas...

—He estado verdaderamente muy grave; pero la Virgen ha hecho lo que no podían hacer los médicos. Pasado mañana iré a Fátima a darle las gracias.

—Y mucha razón que tiene. Se dice que esa Fátima no son sino patrañas clericales, pero no... Aquí hay algo.

La jovencita, viéndole emocionado, aprovechó la ocasión:

—Si yo le pido un favor, ¿me lo hará usted?

—Ciertamente, pues es usted quien me lo pide.

—Piénselo bien y luego no se vuelva atrás.

—Sí; lo he prometido y no retiro mi palabra.

—Entonces debe venir conmigo a Fátima.

—Le diré la verdad ... Pídame otra cosa cualquiera...

—No, señor; ha dado su palabra. Y toda promesa es una deuda.

—¡Bueno! Pues ya que lo he prometido, iré.

Vuelto a casa, contó a su mujer lo ocurrido.

—¿Sabes? Pasado mañana vamos a Fátima.

—¡No comiences con tus despropósitos! Con estas cosas no se juega.

—No va de broma. Lo he prometido esta tarde a la señorita X. Hay que preparar el viaje.

Y fueron a Fátima.

Aquel gentío enorme, ordenado, devoto, tan diverso de las reuniones a las que solía asistir... Lo que sintió durante la adoración nocturna, sobre todo el fervor con que cantaban y rezaban aquellas decenas de miles de personas le impresionaron profundamente.

—Realmente, aquí hay algo —repetía—.

La admiración subió de punto al día siguiente. En la procesión del “Adeus”, el entusiasmo de aquellos 200.000 corazones que aclamaban a la Santísima Virgen llegó a conmoverle a él también de suerte que, con un movimiento instintivo, tomó el pañuelo y estaba por extender el brazo para saludarla... Pero le contuvo un resto de respeto humano. Se limitó a enjugarse ocultamente las lágrimas que, sin quererlo, le caían de los ojos.

—¡Bien! ¿Qué le parece todo esto?

—Realmente, aquí hay algo...

No se confesó, no sé si rezó; pero en el viaje de vuelta estaba pensativo, y pensativo se mostró los días siguientes durante los cuales no armó ningún escándalo, como solía, cuando estaba de mal humor.

El sábado siguiente, en vez de ir a la taberna, se fue a la catedral y buscó un sacerdote.

—Señor cura, deseo hablarle.

El sacerdote le mira de arriba abajo y le dice:

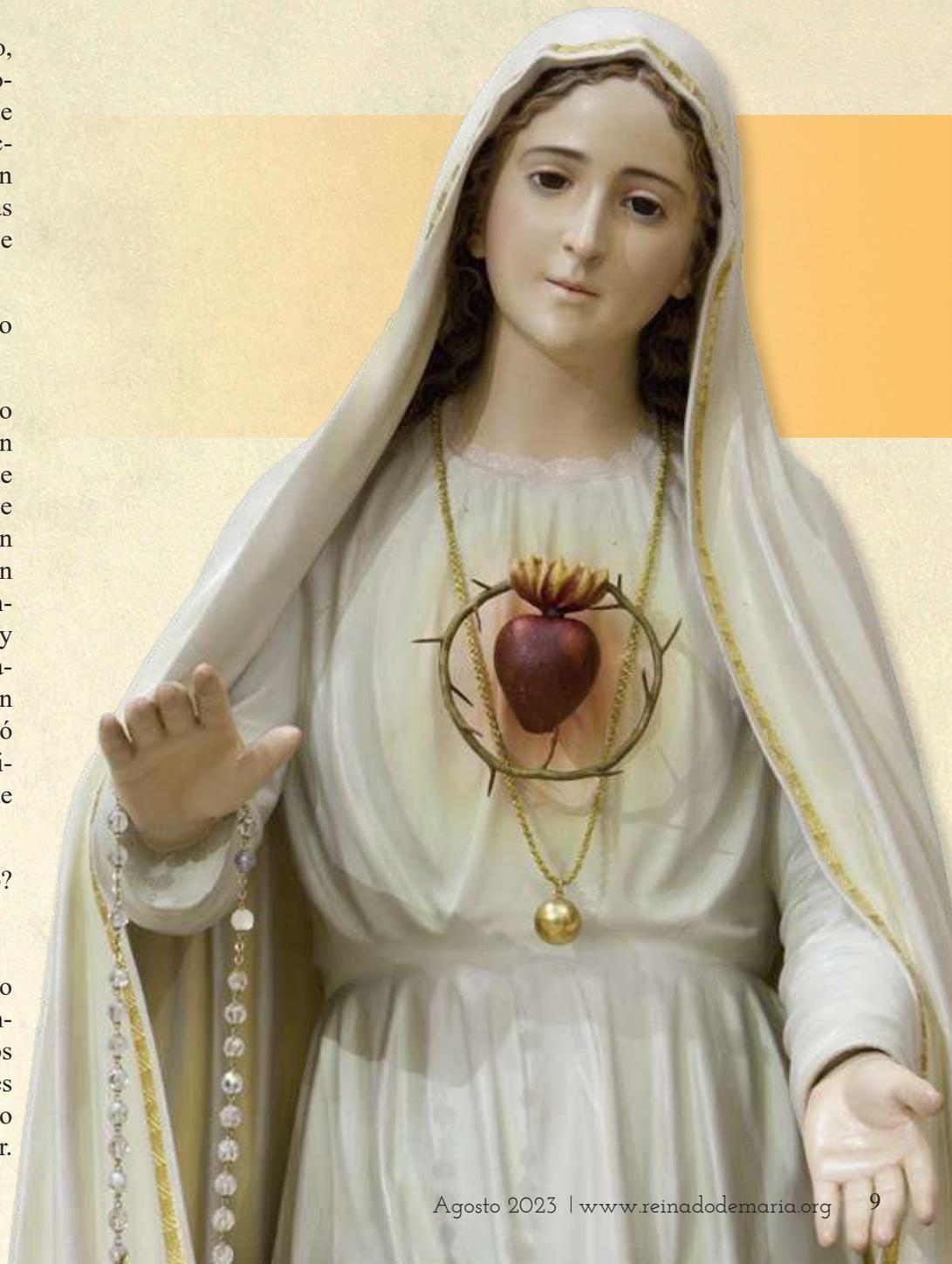
—Venga a la sacristía. Allí estaremos con más libertad.

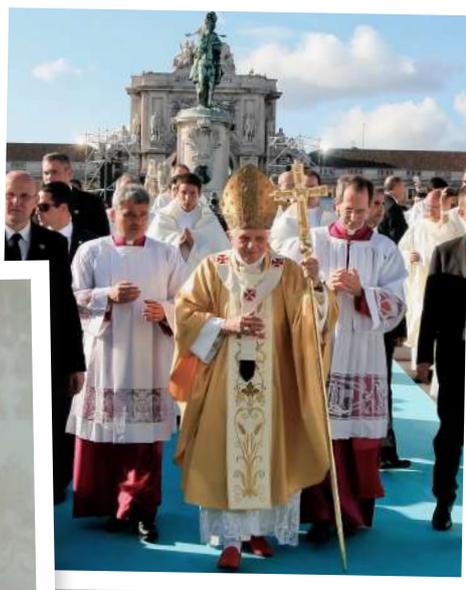
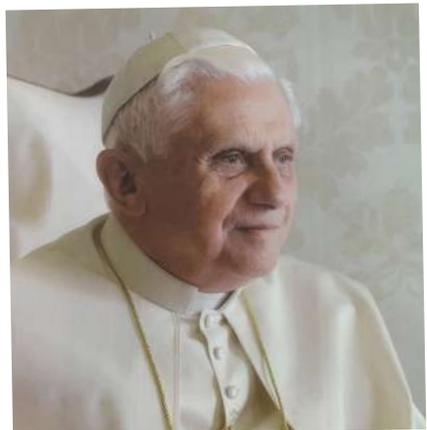
—Me agradó; me entendió al momento —decía más tarde, contando sus impresiones—.

Se confesó con las mejores disposiciones y quedó tan contento como si le hubieran quitado un enorme peso del corazón. Cuando

media hora después, vuelto a casa, notificaba a la familia lo sucedido, invitándoles a rezar el Santo Rosario y a ir a comulgar todos juntos al día siguiente, no se puede describir la admiración, la alegría de todos y cómo se deshacían en acciones de gracias a la Virgen.

Al mes siguiente volvieron a Fátima para agradecer nuevamente a Nuestra Señora. Desde entonces en aquella casa reinó el bienestar. La mayor distracción del padre era santificar los días festivos y entretenerse con sus hijitos con los que pasaba las horas más felices después del trabajo.





A partir de entonces se retiró al Monasterio *Mater Ecclesiae*, para llevar una vida de recogimiento y oración por la Iglesia y en ese lugar falleció el 31 de diciembre de 2022.

En sus predicaciones sobre las solemnidades y fiestas de la Virgen, se percibe un corazón enamorado de María. Vamos a extraer algunas ideas de varias de ellas sobre su Asunción.

«Cada vez que celebramos la festividad de la Asunción, se nos presenta ante los ojos la grandiosa señal de la que nos habla la primera lectura: una mujer revestida por el Sol, o sea, inmersa en la luz de Dios porque Ella habita en Él. Los cielos y la tierra se han fundido. En esta fiesta pleórica de esperanza y de alegría comprendemos que Jesucristo no ha querido estar solo a la derecha del Padre. María es para nosotros un foco de esperanza. La fiesta de la Asunción es un día de alegría. Dios ha vencido. Se ha puesto de manifiesto que el amor es más fuerte que la muerte.»

María fue elevada al cielo en cuerpo y alma. El cielo ya no es para nosotros una esfera muy lejana y desconocida. En el cielo tenemos una madre. El cielo está abierto, el cielo tiene un corazón. María fue elevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y con Dios es reina del cielo y de la tierra. ¿Acaso así está alejada de nosotros? Al contrario. Precisamente al estar con Dios y en Dios, está muy cerca de cada uno de nosotros, conoce nuestro corazón, puede escuchar nuestras oraciones, puede ayudarnos con su bondad materna. Podemos poner siempre toda nuestra vida en manos de esta Madre que siempre está cerca de cada uno de nosotros.

Contemplemos a María, subida al cielo. Dejémosnos alentar en

S.S. Benedicto XVI

"MARÍA SALE A NUESTRO ENCUENTRO COMO LA MADRE SIEMPRE DISPONIBLE A LAS NECESIDADES DE SUS HIJOS"

La mayoría de nosotros hemos tenido la dicha de conocer a una gran lumbrera de la Iglesia que, por amoroso designio de Dios, fue elevado al pontificado como sucesor de Juan Pablo II: Benedicto XVI. Sus primeras palabras al ser elegido Papa fueron: «Queridos hermanos y hermanas: después del gran Papa Juan Pablo II, me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor (...) El Señor nos ayudará y María, su Santísima Madre, estará a nuestro lado».

Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927, en Baviera, Alemania. Recibió el orden sacerdotal en 1951. Entre 1984 y 2015 recibió ocho nombramientos como Doctor Honoris Causa en ocho universidades de siete países distintos. En 1977 fue consagrado arzobispo de Munich y Frisinga y en este mismo año tiene el primer encuentro con

Karol Wojtyla, un encuentro decisivo para su vida. Cuatro años más tarde, es nombrado prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Finalmente, el 19 de abril de 2005 fue elegido como sucesor de Juan Pablo II y tras un fecundo pontificado de casi ocho años, el 11 de febrero de 2013 anunció su renuncia.

la fe y en la fiesta de la alegría: Dios vence. La fiesta de hoy nos impulsa a elevar la mirada hacia el cielo. Mirando a la Virgen elevada al cielo, comprendemos mejor que nuestra vida de cada día, aunque marcada por pruebas y dificultades, corre como un río hacia el océano divino, hacia la plenitud de la alegría y de la paz. Comprendemos que nuestro morir no es el final, sino el ingreso en la vida que no conoce la muerte.

María, mientras nos acompañas en la fatiga de nuestro vivir y morir diario, mantennos constantemente orientados hacia la verdadera patria.

Ocho días después de la Asunción al cielo, la liturgia nos invita a venerar a la bienaventurada Virgen María con el título de “Reina”. ¡La pequeña y sencilla muchacha de Nazaret se ha convertido en la Reina del mundo!

En la Virgen reconocemos toda la ternura de Dios. Por eso, cultivar y vivir este gozoso amor a la Virgen, a María, es un don muy grande de la catolicidad».

Desde Lourdes habló de María como foco de esperanza, desde Fátima recordó que el mensaje de oración y reparación ante la maldad es para siempre, fomentó el Sant Rosario como una devoción moderna y actual, y se apoyó en las advocaciones de distintas naciones para reforzar la fe de sus pueblos.

Benedicto XVI y el mensaje de Fátima

La relación de Benedicto XVI con Fátima es especial porque ya como Prefecto de la Doctrina de la Fe en el año 2000, por encargo de Juan Pablo II, reveló la tercera parte del secreto de Fátima. Según explicó, en un sentido directo esa parte se refería al atentado que sufrió Juan Pablo II en 1981 y a

la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia. Pero en un sentido más amplio, conectaba con todo el mensaje de oración, penitencia y reparación de Fátima.

En 2010, siendo Pontífice, acudió a Portugal, al santuario de Fátima, diez años después de revelarse el secreto, para recordar ante medio millón de peregrinos que Fátima no se agota, que su mensaje «llama a la conversión permanente, a la penitencia y a las virtudes teológicas fe, esperanza y caridad». La fe y estas virtudes, con ayuda de la Virgen, dijo, pueden cambiar a las personas dispuestas a ofrecer sacrificios idolátricos «en el altar

de los egoísmos de las naciones, razas e ideologías».

También explicó que pedía especialmente a la Virgen «poner bajo su protección a los sacerdotes». Consagró a los sacerdotes a la Madre de Dios y les pidió «fidelidad y lealtad» para que «no cedamos a nuestros egoísmos, a las lisonjas del mundo y a la sugestión del diablo». Como Juan Pablo II, también él dejó una rosa de oro a los pies de la Virgen. Después visitó las tumbas de los beatos Jacinta y Francisco, beatificados diez años antes, los niños videntes de 1917 que murieron poco después.





LLAMADA A LA VIDA DE PLENA CONSAGRACIÓN A DIOS (III)

La castidad

Uno de los temas centrales de las apariciones de Fátima es el de la conversión de los pecadores. En la aparición de julio, la Virgen muestra a los niños el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. Más adelante, en las apariciones privadas que recibió Santa Jacinta, la Virgen le manifestó que uno de los pecados que más almas lleva al infierno son los pecados contra la pureza. Efectivamente, en los tiempos que estamos viviendo podemos comprobar cómo los pecados de la carne están extraviando a gran parte de la humanidad.

Dios es pureza infinita y ama todo lo que es puro. Por eso eligió por Madre a una Virgen y escoge también como esposas a almas que estén dispuestas a renunciar a los afectos más legítimos para consagrarle a Él la integridad de su amor.

Vamos a reflexionar hoy en el consejo evangélico de la castidad que la Hermana Lucía nos explica en la llamada a la vida de la plena consagración a Dios.

A todos aquellos que desean seguirlo más de cerca, Jesús les dice: **«Si alguno viene a mí y no renuncia a su padre y a su madre**

y a la esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.» (Lc 14, 26).

No significa que Dios nos mande aborrecer o despreciar a nuestros familiares, pues en otro lugar nos manda amarlos y honrarlos. Sin embargo, a las personas consagradas, Dios les pide renunciar a formar una familia y que le sacrifiquen los consuelos de una convivencia habitual con los parientes, a quienes en muchas ocasiones deben abandonar para ir a donde Dios les envía. Si el consagrado no vive exclusivamente para Dios y

tiene su corazón anhelando amores terrenos, no es digno de Él.

Quizá puede parecer dura y exigente la llamada del Señor, pero no se debe olvidar la recompensa que Él promete a quien, por su amor, le sacrifica lo más querido: **«Y todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos, o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna»** (Mt 19, 29).

La exigencia de la virginidad y del celibato no indica que el matrimonio sea malo en sí mismo, al contrario, ha sido creado por Dios

y Jesús lo elevó al nivel de sacramento. Significa solo que, para las personas que fueron llamadas y escogidas para una vida de plena consagración al servicio de Dios, el Señor tiene otras exigencias pues los destina a otros fines.

Pero no debemos olvidar que la virginidad es una riqueza. Las almas que se han conservado intactas por amor a Cristo, están llamadas a ser sus esposas. Dios ama la virginidad. Y en el libro de Apocalipsis, San Juan nos presenta a todo un cortejo de almas que siguen al Cordero a donde quiera que vaya: son las almas vírgenes. Fueron rescatadas de entre los hombres como primicias para Dios. (Cf. Ap 14, 1-5).

La virginidad es el fruto de aquel amor con el que las personas se consagran en plenitud a Cristo: se dan sin reservas, se entregan sin límites, para siempre. A ellas se refirió Cristo cuando dijo: **«Hay eunucos que así nacieron del seno de su madre; también hay eunucos que así han quedado por obra de los hombres; y los hay que se han hecho tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien sea capaz de entender, que entienda»** (Mt 19, 12).

Sin embargo, la práctica de la castidad debe ser observada por todo verdadero cristiano. Las personas que no han sido llamadas a la vida consagrada ni al matrimonio y permanecen solteras en el

mundo, deben vivir una vida de total abstinencia, pues de lo contrario estarían cometiendo un pecado contra el sexto mandamiento. Su vocación es la de la entrega a Dios en el servicio a los demás.

Y los que están casados, pueden vivir la castidad usando del matrimonio según los fines para los que fue creado por Dios: la unión de los esposos y la procreación de los hijos. Usar del matrimonio trasgrediendo uno de estos dos fines, sería ofensivo a Dios y dañino para la propia alma. Por eso, todo lo que suponga atentar contra la fidelidad conyugal, el respeto mutuo, la dignidad de cada persona, o apoyar la planificación artificial y el aborto, son pecados que atentan contra la santidad del matrimonio.

Por eso San Pablo nos exhorta: **«Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os alejéis de la impureza: que cada uno sepa guardar su propio cuerpo santamente y con honor, sin dejarse dominar por la concupiscencia como los gentiles, que no conocen a Dios... porque Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad.»** (1 Tes 4, 3-8).

Solo quien viva en la pureza que Dios pide, ya sea en la vida consagrada, ya sea como laico célibe o en el matrimonio, podrá alcanzar la bienaventuranza que Jesús promete: **«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios».** (Mt 5, 8).



CUARTA APARICIÓN DE LA VIRGEN EN FÁTIMA, 19 DE AGOSTO DE 1917

«Estaba con las ovejas en un lugar llamado Valinhos con Francisco y su hermano Juan. Sentí que algo sobrenatural se aproximaba y nos envolvía. Sospechando que Nuestra Señora se nos aparecería, pedimos a Juan que le fuera a llamar a Jacinta. Entretanto, Francisco y yo vimos el reflejo de luz que llamábamos relámpago y al instante de llegar Jacinta vimos a la Señora sobre la encina.

—¿Qué es lo que quiere usted?

—Deseo que sigáis yendo a Cova de Iría en los días 13, que sigáis rezando el Rosario todos los días. El último mes haré el milagro para que todos crean.

—¿Qué es lo que quiere Vd. que se haga con el dinero que la gente deja en Cova de Iría?

—Haced dos bolsas, una para ti y Jacinta, para llevarla dos chicas más vestidas de blanco y otra que la lleve Francisco con tres niños más. El dinero de las bolsas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y lo que sobre es para ayuda de una capilla que se debe hacer.

—Yo quisiera pedirle la curación de algunos enfermos.

—Sí, a algunos curaré durante el año.

Y tomando un aspecto muy triste, la Virgen añadió:

—Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, porque muchas almas van al infierno por no tener quien se sacrifique y rece por ellas.

Y la Virgen empezó a subir hacia Oriente, como de costumbre».





LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (VIII)

La Dulzura

Otra de las virtudes que San Luis M^a Grignion señala en María Santísima es “su dulzura angelical”. La dulzura es una virtud de belleza incomparable que tiene una gran relación con la caridad, la mansedumbre, la clemencia... Dulzura es suavidad, placidez y ternura que muestra o expresa una persona o una cosa y que la hace agradable, cariñosa. Es afabilidad, bondad, docilidad.

Jesús, fruto bendito de su seno, es así. Su trato es agradable. «Gustad y ved cuán suave es el Señor» (Sal 33,9). «¡Qué grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura...!» (Sal 30,20).

Es una virtud muy amada de Cristo, de quien se dijo «*que no quebraría la caña cascada, ni acabaría de apagar la mecha humeante*». O como un corderito, que se deja trasquilarse y hasta sacrificar en silencio. Su dulzura

se extendió a los pecadores, a quienes suavemente recibía y amorosamente absolvía. No quiere el pecado, pero ama al pecador para que se convierta... A sus mismos verdugos trató con aquella dulzura. Sus palabras en la Cruz son de

perdón y si se queja de sed y desamparo, lo hace dulcemente. Y nos deja como testamento «*he aquí a tu Madre*».

Invocamos a la Virgen como “vida, dulzura y esperanza nuestra”. Ella fue copia exactísima de la dulzura de Cristo. Por eso es tan compasiva. Dios le ha confiado toda la administración de las gracias y misericordia. Como una madre es ordinariamente más suave que el padre.

Su nombre es dulcísimo, como el de Jesús... Llena de consuelo a las almas. Dios quiso también darnosla bajo el título de Madre... Decir *madre* es decir toda ternura, cariño, dulzura, misericordia, aun cuando deba corregir. Eso es María, la dulce Madre de Jesús y Madre nuestra.

María es dulcísima para los hijos fieles y también para los que no la conocen, como muchas veces lo ha hecho en la historia. Nada hay en ella áspero, desagradable, irascible, que retraiga. Ella es nuestra dulzura en las horas amargas de la vida, como Consoladora de los afligidos, Refugio de los pecadores y Auxilio de los cristianos... No defrauda al afligido que la invoca.

Le cuadra muy bien la bienaventuranza: «*Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra*» (Mt 5, 4). La mansedumbre y la dulzura se ganan los corazones.

Su fuerza es poderosa. Expresivamente lo expresa el refrán: «más moscas se cazan en una gota de miel que en un barril de vinagre».

En María, esta dulzura lleva a Dios, eleva a lo sobrenatural. Se aúna con su pureza inmaculada.

Evitemos las dulzuras falsas

Una dulzura empalagosa, afectada, mundana, que lisonjea para agradar, quedar bien.

La blandura y debilidad de carácter, condescendencia cobarde con el mal. Se calla por comodidad, por no meterse en líos. Dios castigó a Helí por eso (1S 3, 11-14).

La dulzura ocasional, inconstante como el sentimiento... Es fácil ser dulce cuando se está contento, cuando todo sale bien... pero, ¿y luego en la contrariedad salta nuestra acritud?

La verdadera dulzura no es incompatible con la firmeza y energía. Brota del corazón bondadoso, amante... Es suave en las formas, obra y habla de una manera delicada, sin herir.

Cómo imitar a María

Miremos a nuestra Madre. Comparémonos ante sus ejemplos de dulzura verdadera y perseverante.

Quien es de natural dulce y apacible, debe dar gracias a Dios, y sobrenaturalizar esa dulzura natural: hacerlo por amor a Dios. Quien tiene un carácter colérico, difícil, debe luchar. Que ‘*haga contra*’: pasar al extremo opuesto, con la gracia de Dios: «*Sed lo más dulce que podáis; si se ha de faltar por algún extremo, que sea por el de la dulzura...; la dureza todo lo echa a pique, agria los corazones y engendra odios...; hay que atraer a las almas como los perfumes nos atraen a nosotros con la suavidad de su olor*» (San Francisco de Sales).

Pedir esa virtud a Jesús y a María, y pensar cómo haría Ella en mi lugar.

Oración del P. Jean Galot

«*¡Virgen dulce! Enséñame a ser bueno, a ser bueno con toda mi alma.*

Con una bondad que sepa descubrir en los demás las cualidades y los rasgos amables de su carácter. Y que sepa cerrar los ojos sobre sus defectos, grandes y pequeños, excusándolos con gusto.

Con una bondad que cree confianza en los demás y ponga en ellos grandes esperanzas, las esperanzas de la gracia. Con la bondad que se entrega fácilmente y que sabe romper las fronteras del amor propio, salvar todas las barreras.

**"NO HAY EN MARÍA DULZURA ALGUNA, NADA EN ELLA QUE PUEDA RETRAERNOS, ES TODA DULZURA Y SUAVIDAD."
(SAN BERNARDO)**

Con una bondad que no se para ante ninguna mala acogida, y que no abriga ninguna desilusión. Con una bondad abierta a todos, principalmente a los menos simpáticos y a los menos dotados.

Con una bondad que perdona al mundo todas las ofensas y las entierra en el olvido. Con una bondad decidida a no poner límite alguno a la generosidad, y dispuesta a hacer muchas concesiones por el bien de la paz.

Con una bondad presta a toda clase de entregas, a toda clase de servicios y diligencias. Con una bondad que se reanima sin cesar, poniendo sobre todo la mirada de Cristo».

"Este
ES MI HIJO AMADO
escuchadlo"

El 6 de agosto la Iglesia nos hace considerar, cada año, el misterio de la Transfiguración de Jesús en el Monte Tabor. La Transfiguración, punto culmen de la vida pública de Jesús, es como un anticipo de la gloria y las delicias celestiales. Hasta aquí los triunfos y gloriosa acogida de la predicación de Jesús ha ido en aumento; inmediatamente después de la transfiguración su vida pública comenzará a descender, su predicación se hará menos continuada, hará alusiones más claras a su próxima muerte y de ordinario vivirá retirado con los suyos, dedicado casi por entero a su formación. Así su transfiguración viene a ser como un aliciente, un pregusto de las realidades celestes. A pesar de este breve resplandor de gloria, vivirá de hoy en adelante a la sombra de la cruz. Mediante la breve contemplación del gozo eterno, Jesús anima a sus discípulos a tolerar las adversidades de esta vida.



En la transfiguración, repentinamente una nube envuelve a manera de velo a Jesús y a sus dos celestiales compañeros: Moisés y Elías. En el mismo instante, una voz, con sonidos sensibles y exteriores, exclama: «Este es mi Hijo, el amado: escuchadle».

Es la voz del Padre dando nuevamente testimonio del Hijo, del mismo modo que lo hiciera al recibir el bautismo de manos de Juan en el Jordán. Con estos términos, el Padre proclama que Jesús es el legislador de la Nueva Alianza, aprueba su doctrina y ordena a todos que le obedezcan como señor todopoderoso y como doctor infalible. Estas palabras de exquisita ternura indican todo el amor del Padre hacia su Unigénito, elegido por Él para cabeza y redentor del linaje humano, proclamando la divinidad de Jesucristo y su infinita complacencia sobre Él.

El continuo grito de los profetas siempre fue escuchar, esto es, prestar oídos atentos a la voz de Dios. Todo el Evangelio es una invitación a escuchar. De la escucha proviene la fe como dice San Pablo: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Rm 10, 17); escuchando acogen los hombres el mensaje de Cristo, más aún a Cristo mismo y en Él vienen a ser hijos de Dios. Quien le escucha, le sigue, abraza su doctrina y entra a formar parte de su rebaño: sus ovejas escuchan su voz como nos dice San Juan (cf. Jn 10,2).

Pero no basta una escucha superficial, ni basta escuchar de vez en cuando o lo que me apetece y va bien con mi forma de vida: hay que escuchar siempre. Quien de veras ama, está siempre atento a la voz de la persona amada. Para escuchar,

esto es, para prestar oído atento, es preciso olvidar, olvidar todo cuanto pertenece a la vida natural, a esa vida según la carne como dice San Pablo (cf. Rm 8, 13). Olvidarse de sí mismo, que no impere la sensibilidad sobre la razón, los recuerdos e impresiones.

Hoy en día el mundo está lleno de voces y los hombres ávidos de escuchar noticias, informaciones, novedades, curiosidades muchas veces inútiles, si no perjudiciales. Fácilmente estas voces se convierten en estruendo y ruido ensordecedor que vuelve a los hombres superficiales e incapaces de interiorizar y escuchar la única Voz Verdadera, la de Cristo. Incluso orando, puede el hombre quedarse en la superficie: escucha, pero no oye el mensaje de Dios, este mensaje no penetra en su corazón hasta ponerlo por obra. Las voces del mundo no encienden el corazón en deseos ardientes de buscar al Dios que se deja encontrar.

La atenta escucha a la voz del Padre lleva implícito un llamado a la ejecución de lo escuchado. De labios de María, en las bodas de Caná, resuenan palabras similares a las que el Padre eterno nos dirige en la Transfiguración o en el Bautismo de Jesús. Ella dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2 5), esto viene a ser lo que manda el Padre en sus teofanías, escuchar al Hijo y hacer lo que Él diga. En Él está la Verdad, todo el plan salvífico de Dios plasmado en el Evangelio y ratificado con la misma vida de Cristo. Escuchar su voz y ejecutarla es la misión de todo discípulo. Programa acabadísimo de vida espiritual.

La vida de María fue una vida retirada, de oración intensa y

silenciosa, en atenta escucha a la voz del Padre para seguir al pie de la letra el mensaje. Dócil, pronta y disponible para ponerlo por obra. Así debe ser nuestra escucha, incesante en medio del ajetreo y las múltiples ocupaciones diarias, con un espíritu dócil y vigilante para acoger la voz de Dios y ponerla en práctica. No se puede permitir que esa Voz caiga en el vacío de los que escuchan, pero no acogen la Palabra.

San Juan Pablo II, en su encíclica sobre el Santo Rosario, nos recordaba: «*La escena evangélica de la transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor; puede ser considerada como icono de la contemplación cristiana.*

Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra.

Contemplando este rostro nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar de la alegría del Espíritu Santo.

Se realiza así también en nosotros la palabra de San Pablo: “Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más: así es como actúa el Señor; que es Espíritu” (2 Co 3, 18)». (Rosarium Virginis Mariae, 9)



EN EL NOMBRE
*del Padre
y del Hijo
y del Espíritu Santo*

«**Q**ue viva yo en el nombre del Padre que me ha creado, del Hijo, que me ha redimido y del Espíritu Santo que ha sido derramado en mí» (RRa). «*Id, pues —dijo Jesús a los discípulos—, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28, 19).

Toda la vida cristiana procede de la Trinidad y a la Trinidad confluye como a su último fin.

La vida cristiana *se inicia* así en el nombre de la Trinidad y en ella se funda. El que pide ser admitido en la Iglesia, queda consagrado por medio del bautismo como templo de la gloria de Dios y morada del Espíritu Santo, por Cristo nuestro Señor.

Luego será absuelto de los pecados, ungido con el Santo Crisma, ordenado sacerdote o unido en matrimonio «*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*».

Y cuando su vida llegue al último trance, con el ritual de exequias, la Iglesia orará: «Parte, alma cristiana, de este mundo, en el nombre del Padre omnipotente que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, cuya gracia se derramó en ti» (RRa).

Esta sugestiva fórmula sintetiza toda la acción de la Trinidad en favor del hombre; muestra cómo todo cuanto es y todo cuanto tiene como criatura y como cristiano procede de la Trinidad sacrosanta.

También el Sacrificio eucarístico se comienza y se termina en el nombre de la Trinidad; la Eucaristía misma es su don: es el Padre quien da «el verdadero pan del cielo» (Jn 6, 32) y este Pan vivo y vivificante es su mismo Hijo hecho hombre, cuya «carne es verdadera comida» y cuya «sangre es verdadera bebida» (Jn 6, 55). Y el Espíritu Santo, «el Espíritu es el que da vida» (Jn 6, 63), es el vivificante la Humanidad gloriosa de Cristo, la hace capaz de comunicar la vida.

La *señal de la cruz* con que se comienzan todos los ritos sagrados, en la que se administran todos los sacramentos, con la que repetidamente recibimos la bendición de Dios y con la que nos signamos varias veces al día, expresa esta gran realidad. Todo en la vida del cristiano se hace y debe hacerse en el nombre de la Santísima Trinidad; todo debe ser digno de testimoniar fe y amor, reconocimiento y entrega al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

También la vida de la Iglesia se funda en el misterio trinitario. La unión de todos los creyentes en una única Iglesia fue el objeto de la oración de Jesús al Padre: «*Yo les he dado la gloria que Tú me diste para que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en mí para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado*» (Jn 17, 22- 23). Jesús, el Unigénito del Padre, ha hecho partícipes a los hombres de su gloria de Hijo de Dios para que también ellos sean introducidos en el movimiento misterioso de la vida trinitaria, movimiento de amor y de unidad. Cristo quiere que el

amor y la unión de los creyentes reflejen el amor y la unidad de la Trinidad beatísima. Quiere que se amen mutuamente hasta el punto de ser «*uno como nosotros*».

Una unión semejante entre hombres de civilización, aptitudes y mentalidades diferentes no es posible sino en Dios, esto es, no es posible si cada creyente, cada uno de nosotros, no vivimos personalmente unidos a Dios en la caridad. Esa unidad de verdadera amistad que solo el amor de Dios puede llevar a su feliz acabamiento.

El ideal es tan sublime que la mente se pierde; sin embargo, ésta es la meta a la que hay que tender y éste el testimonio que la Iglesia está llamada a dar al mundo para que «el mundo conozca que Tú me has enviado». El ejemplo de la unión entre los creyentes debe inducir al mundo a reconocer la verdad del cristianismo y a reconocer en Cristo al verdadero Hijo de Dios.

Cada día, en la Santa Comunión, pidamos al Buen Dios que obre en nosotros esa unión:

Sí, Padre; engendra en mí a tu Verbo y, conociéndolo en mí, ámallo y sé por él amado y expira con él en mí tu Amor, y pues el amor transforme al amante en el amado, transfórmame así en el Espíritu Santo.

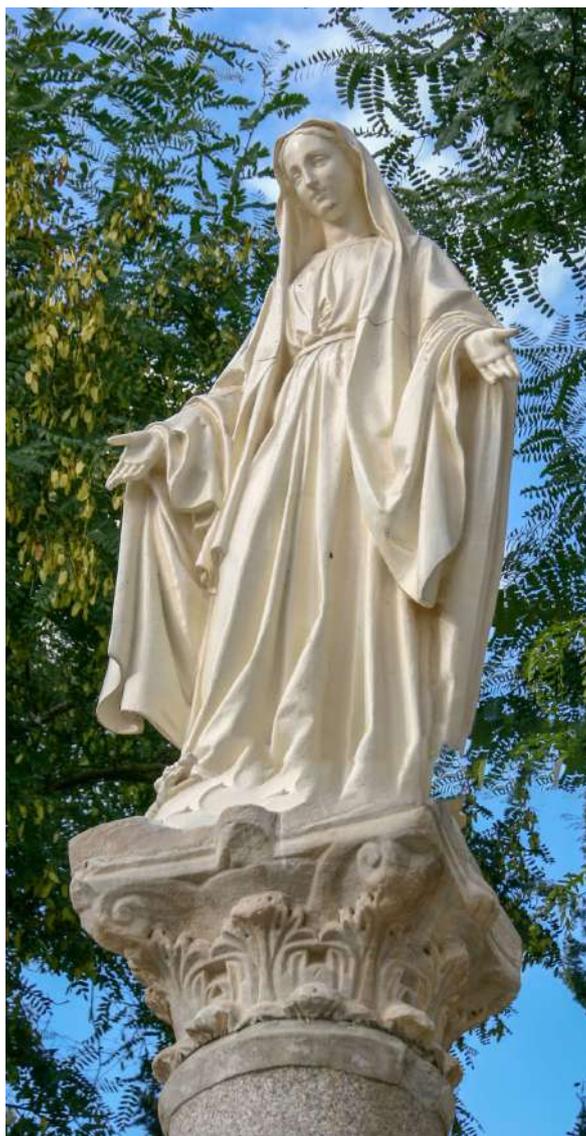
¡Oh fuente de vida, luz benéfica, caridad infinita! Permanece en mí y pon en mí tu morada estable. Quiero cooperar a tu acción santificadora. Quiero esconderme

y concentrarme toda en Ti para abrazar en ti a todas las almas y amarte y servirte en el prójimo con la caridad fraterna más gozosa, generosa y desinteresada.

La Virgen Santísima, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, lo hará posible, como Madre Mediadora de toda gracia que solo anhela nuestra felicidad eterna.

"Donde está el amor hay una Trinidad: uno que ama, uno que es amado y uno que es el amor".

(San Agustín)



“En Santa María todo está a nuestro alcance. Con Ella lo podemos todo. Acudamos con seguridad a Santa María”. (M. M^{ra} Teresa De Simone)

¡El Reinado de María llegó a Paraguay!



El Reinado de María es una iniciativa de alcance mundial que nos invita a conocer y amar a la Virgen Santísima y a practicar lo que Ella nos ha transmitido en su mensaje de Fátima. Pretende, por mediación de María, instaurar el Reino de Jesús y que la misericordia de Dios invada el mundo entero. Acoge entre sus miembros a adultos y a niños, todos los que quieran conquistar este mundo para nuestra Madre del Cielo.

Brisa es una pequeña-gran apóstol del Reinado de María. Es de Lomas de Zamora (Argentina) y, junto con sus padres, acompaña a las Hermanas misioneras todos los primeros sábados en las diversas actividades que se realizan para propagar la devoción a la Santísima Virgen María.

Su familia viajó hace poco a Paraguay. Iba con la ilusión de llevar el Reinado de María a este país, uno de los de mayor tradición y fe mariana de Hispanoamérica. Brisa, la más entusiasmada de todos, se proveyó de estampas, medallas, Rosarios y de una imagen pequeñita de la Virgen para visitar con ella las distintas casas. Que su ejemplo nos estimule a imitarla.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros
info@reinadodemaria.org |  
www.reinadodemaria.org

